

ANTONIO CORNEJO-POLAR COMO MAESTRO Y COLEGA

POR

GWEN KIRKPATRICK

*University of California, Berkeley*

Los múltiples y elocuentes homenajes recientes a Antonio Cornejo-Polar hacen evidente las repercusiones que su presencia y su trabajo han tenido en las vidas, en las mentes, en las instituciones, y en el clima intelectual de América Latina y en el contexto de los estudios latinoamericanistas. Fomentó excelencia en todo, sin pretensiones pero con orgullo. Cornejo-Polar tomaba en serio el oficio de maestro. Nos enseñó tanto con ejemplo como con palabras. En Berkeley su presencia produjo transformaciones importantes en nuestros alumnos y en el clima intelectual y humano. Su renombre intelectual y académico aportó a dar mayor visibilidad tanto a nuestros programas en español como a estudios latinoamericanos. Por haber tenido el privilegio de trabajar con él en Berkeley, puedo atestiguar de su profundo impacto. Con el correr del tiempo el valor de su presencia se ha hecho más claro, especialmente en sus estudiantes. En los últimos años he estado leyendo disertaciones de alumnos que colaboraron muy cercanamente con él, y he asistido a la preparación de sus *dossiers* profesionales. Es indudable que se han desarrollado como investigadores, profesores, y pensadores más capaces por el contacto con él. De múltiples maneras han incorporado su rango de visión intelectual, especialmente una conciencia de las poderosas posibilidades de la literatura en sí, y han tenido la oportunidad de colaborar en una de las mejores revistas de la profesión, la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Menos tangible, pero igualmente importante, ha sido la confianza en sí mismos como intelectuales independientes, fomentada por Antonio porque los reconoció y los trató como individuos valiosos. Aunque la profesión se caracteriza muy a menudo como insular e intensamente competitiva, el ejemplo cotidiano de Antonio Cornejo-Polar ha sido prueba de que la generosidad y la accesibilidad son las marcas verdaderas de los profesionales más destacados.

En agosto de 1999 tuvo lugar en el Cusco el congreso de JALLA, Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana. Esta organización, iniciada hace pocos años por muchos de los que habían sido alumnos de Antonio, se había formado en parte para abrir un espacio propio para los temas y representantes andinos, en el sentido más amplio del término andino. Frente al dominio de la academia norteamericana y del espacio dedicado a otras regiones latinoamericanas en reuniones internacionales, en JALLA se buscaba forjar una nueva conciencia de que existían otras problemáticas, a veces regionales, que difícilmente encontraban cabida en otros foros. Quizás ningún otro evento ha ofrecido tanta evidencia

del impacto de Antonio a largo plazo. Allí estaban presentes colegas y alumnos suyos desde sus primeros años en Arequipa hasta sus últimos años en Berkeley. De la primera época de Arequipa, donde creó la Casa de la Cultura y trabajó para difundir eventos culturales a todos los sectores, estaba Raúl Bueno, ahora director de la RCLL y profesor de Dartmouth. En el congreso estaban también los más recientes estudiantes de Antonio en Berkeley, Rocío Ferreira, Song No, Susan Martin. Rocío presentó una ponencia tomada de su tesis doctoral sobre las escritoras decimonónicas del Perú regional, y Susan una ponencia sobre la problemática del género sexual y marginalidad en la obra de Arguedas. Susan y Song No, otro alumno de Antonio que se doctoró con una tesis sobre el Inca Garcilaso de la Vega, ya habían pasado varias semanas en el Cusco dedicados al estudio del quechua, un obvio legado de Antonio en sus vidas intelectuales. Y estaban presentes muchos otros, quienes habían sido alumnos de Arequipa, Lima, Caracas, Pittsburgh, Berkeley, y los múltiples lugares donde Antonio hizo sentir su pasión por la literatura y por América Latina. Trabajando en sus regiones natales, como Ricardo Kaliman, de Tucumán; Carlos García Bedoya, de Lima; Carlos Pacheco, de Caracas y Martin Lienhard, de Suiza; o en zonas lejanas como José Cerda-Bazán en Texas o Mabel Moraña en Pittsburgh, Song No en Massachussets, o José Edmundo Paz-Soldán en Cornell, los alumnos de Antonio mantenían una solidaridad muy especial por sentirse ligados a un proyecto que sobrepasaba los límites individuales. Aunque trabajaban en temas muy diversos, no necesariamente andinos, habían sido partícipes de una relación intelectual importante con Antonio. Habían sido recibidos en casa por Cristina y él como amigos apreciados. No se habían convertido en discípulos fieles que seguían cada paso del maestro, sino que habían desarrollado sus propias inquietudes literarias e intelectuales para iniciar otros proyectos. Y eso ha sido, creo, el legado más importante de Antonio como maestro. Sabía enseñarles a sus alumnos y colegas las posibilidades de la literatura y su estudio, cómo integrar los estudios académicos con otros proyectos vitales, y cómo incluir en sus equipos a personas de diversos tipos de talentos y logros, al entender que cada uno contribuía con su especificidad. Consecuente y consistente en toda su actuación profesional, Antonio mantenía un nivel de cortesía y de paciencia tanto con colegas como con estudiantes de distintos niveles y talentos.

Una constante del proyecto de Antonio fue impulsar reuniones de escritores, críticos, y alumnos de varios niveles en encuentros personales para dar ímpetu a los estudios literarios y culturales. Desde los comienzos en Arequipa, donde organizó algunos de los primeros encuentros de escritores latinoamericanos, insistió en ese proyecto durante toda su carrera. Incluso la RCLL podría entenderse desde esta perspectiva, como punto de encuentro y foro de difusión. Los Encuentros Latinoamericanos de Berkeley, simposios internacionales semianuales, fundados y organizados por la cátedra de Antonio, llevaron a Berkeley a los profesionales más destacados en nuestro campo, y muchas de las presentaciones se convirtieron en el núcleo de números especiales de la RCLL. Inmediatamente se hizo sentir el impacto de estos Encuentros, cohesionándonos como departamento y reuniendo a alumnos y profesores de varias áreas de estudio. El propósito principal de los Encuentros fue reunir a nuestros alumnos con lo mejor de nuestro campo, a menudo incluyendo a jóvenes profesores en los inicios de su carrera. Su importancia fue incalculable tanto para los profesores como para los alumnos. Antonio aseguraba que los alumnos de posgrado tuvieran tiempo para reunirse con los invitados e intercambiar ideas con ellos, además de ir conociendo la amplitud de sus temas y métodos.

Estos Encuentros se auspiciaban por la cátedra de Antonio, junto a otras contribuciones de la universidad. El sistema de cátedras de Berkeley ha sido un modo de atraer a la universidad individuos relevantes, dándoles recursos adicionales para proyectos de investigación y difusión. En este sentido, el desempeño de Antonio fue especialmente destacado por su generosidad, al invertir estos recursos adicionales en proyectos de beneficio para el campo y la universidad, como los Encuentros, la RCLL, y ayudantías para alumnos de posgrado. El resultado de esas inversiones ha sido incalculable en el desarrollo humano e institucional. Aunque no tenía obligación de utilizar los fondos de ese modo más comunitario, así lo hizo para llevar a cabo lo que consideraba más importante.

Aún en los últimos meses de vida, a pesar de enormes dificultades, Antonio eligió seguir dando clases cuando pudo muy bien haber pedido una licencia médica. ¿Por qué? Creo que, entre otras razones, porque entendía que el vínculo dialógico maestro/alumnos era también una fuente de vida. No quiero decir que viera la enseñanza como una misión; no, entendía muy bien los límites de las instituciones, sus integrantes, y también los del público estudiantil, pero a la vez sabía trabajar dentro de esos límites sin perder el entusiasmo. En Berkeley dictó clases a estudiantes de posgrado pero también a grupos numerosos de pregrado. Aunque hubiera preferido dedicarse exclusivamente a los niveles más avanzados, era muy consecuente con las exigencias de nuestro estudiantado y nuestra institución. No es difícil convencer a un alumno del doctorado que vale la pena estudiar la heteroglosia cultural y lingüística dentro del contexto latinoamericano. Sin embargo, trasladar la misma enseñanza a los alumnos más resistentes es tarea más difícil, menos previsible, pero es también un ejercicio revelador y aún delirante.

Sabía apreciar Antonio los altibajos del sistema californiano y de su estudiantado y profesorado, y sabía a la vez que su propia presencia importaba mucho a los alumnos, especialmente a los que escuchaban algo de sus propias vidas cuando hablaba de temas andinos y latinoamericanos, como las migraciones, la heterogeneidad cultural, el colonialismo, el bilingüismo, el mestizaje. Se veían a sí mismos retratados en muchos de los argumentos de clase, encontrando puntos de identificación con la problemática cultural de épocas y lugares distantes pero también cercanos y actuales para ellos. En las clases con él, muchos alumnos encontraron los conceptos y el vocabulario necesario para interpretar sus propios desarraigos, cambios culturales, bilingüismo, y su mundo cultural heterogéneo. Allí aprendieron de otras épocas, como el período de la colonia española en América, y descubrieron toda una tradición, desconocida para ellos, de maneras de entender la historia, su propia pertenencia cultural como americanos, u otros modos de entender sus propias tradiciones letradas y no letradas. Les dio herramientas para conocer su propia situación y su herencia específica, sin tener que depender de las evaluaciones externas exclusivamente.

Desde los años ochenta se ha visto en Berkeley un crecimiento notable en el número de estudiantes que se dedican a los estudios de español y a estudios chicanos y latinos, debido en parte a una nueva conciencia de la gran población de hispanohablantes en California y también a un contacto mayor con América Latina. El resultado para nuestro departamento ha sido un aumento en el número de alumnos. Consciente de su papel en el entorno de la universidad y de nuestro departamento, Antonio cumplió un rol ejemplar, haciéndose cargo de un número extraordinario de estudiantes. Aceptó enseñar el curso panorámico de dos semestres, siempre con alrededor de cien alumnos, además de otros

cursos, porque entendía la importancia de no limitarse sólo a cursos especializados para así tener contacto con un grupo estudiantil más diverso. Las evaluaciones estudiantiles fueron siempre sorprendentes. Como era de esperar, las de los cursos de posgrado eran consistentemente elogiosas, porque esos alumnos estaban conscientes de que trabajar con él era un privilegio y se sentían respaldados por la atención individual que les brindaba. Más sorprendentes, no obstante, eran los comentarios de los alumnos de pregrado. En el espacio reservado para comentarios individuales, alumnos de pregrado subrayaron el alto grado de interés que despertaba Antonio en cada clase. Aunque no tenía una personalidad dramática que se prestaba a una retórica exaltada, les impresionaba con la intensidad de su compromiso con la literatura en sí y con sus mensajes inherentes. Ese fue el desafío más agudo, el de revelar el poder de la literatura a alumnos no comprometidos, muchos de los cuales sólo se matriculaban en esos cursos como requisitos para otros campos de estudio. Quizás los comentarios más reveladores eran los de alumnos que admitían que era la primera vez que entendían el propósito de los estudios literarios, y cómo la literatura formaba parte del tejido social, político, y personal de una sociedad. También les impresionaba su accesibilidad. El resultado era que siempre tenía estudiantes de todos niveles esperándolo al llegar a su oficina en sus horas de consulta.

A veces me he preguntado hasta qué punto su estadía intermitente en los EE.UU. influyó en la elección de sus temas de investigación, especialmente los desarrollados en *Escribir en el aire*. El bilingüismo, la heterogeneidad, la migración y la tensión de culturas letradas y populares como fuente de creatividad cultural, y los prestigios y prejuicios culturales y raciales de los EE.UU., obviamente tuvieron repercusiones en los temas de sus estudios anteriores, pero allí desarrollaron matices particulares. Cambiar de ambiente profesional y de idioma no es tarea fácil, y la academia norteamericana no es como la del Perú, ni la de América Latina, menos aún un espacio especialmente abierto a lo latinoamericano, excepto a algunos elementos cuidadosamente escogidos. ¿Cómo habría sido trasladarse a los EE.UU., someterse a otro sistema, perder en lo cotidiano esa red de conexiones y amistades que nos estimula y ampara? Si hubiera podido quedarse en Lima, o en América Latina, seguramente lo habría hecho, no cabe duda. Algunas de sus últimas publicaciones muestran esa preocupación por las inevitables pérdidas que ocurren en el traspaso a otro sistema cultural y lingüístico dominante. Pero Antonio pudo transformar la pérdida y el cambio de lugar y de cultura y rehacer un mundo académico e intelectual, y fue un elemento catalítico de renovación en muchos ámbitos distintos.

Trabajar con los estudiantes entrenados por Antonio ha sido un consuelo por su ausencia. Aunque hay visibles transformaciones creadas por efecto de su presencia entre nosotros, la incorporación en los estudiantes de muchos de sus ideales y prácticas es un legado especialmente valioso, aunque menos visible. Nos enseñó que la generosidad de mente y de espíritu es siempre el mejor camino, y que saber despertar la pasión e interés por la literatura y la cultura produce cambios en los otros, y también mantiene vital al maestro.